

INTRODUCCIÓN A LOS LIBROS LOS PROFETAS Y AL LIBRO DE ZACARÍAS

INTRODUCCIÓN A LOS LIBROS DE LOS PROFETAS

La Biblia hebrea agrupa los libros de Isaías, Jeremías, Ezequiel y el de los Doce Profetas bajo el título de «Profetas posteriores» y los coloca tras el conjunto Josué-Reyes, al que denomina «Profetas anteriores». La Biblia griega coloca los libros proféticos después de los Hagiógrafos, en un orden distinto del hebreo, y además variable; añade Lamentaciones y Daniel, que la Biblia hebrea colocaba en la última parte de su canon; e incluye textos que no se escribieron o no se conservan en hebreo: el libro de Baruc después de Jeremías, la Carta de Jeremías después de Lamentaciones, y las adiciones al libro de Daniel. En la Iglesia latina, la Vulgata ha conservado lo esencial de esta distribución, pero ha vuelto al orden hebreo, colocando a los doce «Profetas Menores» después de los cuatro «Mayores», y ha incorporado la carta de Jeremías al libro de Baruc, poniendo éste a continuación de Lamentaciones.

El profetismo.

En grados diversos y formas variables, las grandes religiones de la antigüedad tuvieron hombres inspirados que afirmaban hablar en nombre de su dios. En especial, entre los pueblos vecinos de Israel, se refiere un caso de éxtasis profético en Biblos en el siglo XI a.C.; hay pruebas de la existencia de videntes y profetas en Jamá del Orontes en el siglo VIII; y aparecen en varias ocasiones en Mari del Éufrates en el siglo XVIII a.C. En su forma y contenido, sus mensajes, dirigidos al rey, se parecen a los mensajes de los profetas más antiguos de Israel mencionados en la Biblia. Esta misma ofrece su testimonio sobre el vidente Balaán, llamado desde Aram por el rey de Moab, Nm 22-24, y los 450 profetas de Baal convocados por Jezabel de Tiro y humillados por Elías en el Carmelo, 1 R 18 19-40. Esto hace pensar inmediatamente en los 400 profetas consultados por Ajab, 1 R 22 5-12. Son, como los primeros, un grupo numeroso arrebatado por el éxtasis frenético, pero hablan en nombre de Yahvé. Y si bien en este caso era falsa su pretensión, es cierto que el Yahvismo antiguo reconoció la legitimidad de tal institución. Junto a Samuel aparecen hermandades de inspirados, 1 S 10 5; 19 20, y, en la época de Elías, 1 R 18 4, grupos de «hermanos profetas» mantienen relaciones con Eliseo, 2 R 2 3-18; 4 38s; 6 1s; 9 1, que luego desaparecen, salvo una alusión en Am 7 14. Excitados por la música, 1 S 10 5, estos profetas entraban en trance colectivo, que se contagiaba después a los asistentes, 1 S 10 10;

10 20-24, o bien remedaban acciones simbólicas, 1 R 22 11.

Se da un caso análogo cuando Eliseo recurre a la música antes de profetizar, 2 R 3 15. Más frecuentes son las acciones simbólicas en los profetas: por ejemplo, Ajas de Siló, 1 R 11 29s, también Isaías, Is 20 2-4, con frecuencia Jeremías, Jr 13 1s; 19 1s; 27 2s, y sobre todo Ezequiel, 4 1-5 4; 12 1-7.18; 21 23s; 37 15s. En el curso de estas acciones o fuera de las mismas, se conducen a veces de un modo extraño y pueden pasar por estados psicológicos anormales; pero estas manifestaciones extraordinarias nunca constituyen lo esencial en los profetas cuya actuación y palabras ha conservado la Biblia. Éstos se distinguen claramente de aquellos otros exaltados de las antiguas hermandades.

Llevan, sin embargo, el mismo nombre, nabî'. Aunque el verbo que de él se deriva, a causa del modo de ser de algunos «profetas», viene a significar «delirar» (1 S 18 10 y en otros pasajes), esta acepción derivada no prejuzga el sentido original del sustantivo. Éste, con toda probabilidad, deriva de una raíz que significaba «llamar, anunciar». El nabî' sería «el llamado», o bien «el que anuncia», y ambos sentidos expresan lo esencial del profetismo israelita. El profeta es un mensajero y un intérprete de la palabra divina. Así lo expresan claramente los dos pasajes paralelos de Ex 4 15-16: Aarón será el intérprete de Moisés como si fuera su «boca» y como si Moisés fuera «el dios que le inspira», y 7 1: Moisés será «un dios para Faraón» y Aarón será su «profeta», nabî'; con lo cual rima el dicho de Yahvé a Jeremías: «Mira que he puesto mis palabras en tu boca», Jr 1 9. Los profetas tienen conciencia del origen divino de su mensaje; lo presentan diciendo: «Así habla Yahvé», o «Palabra de Yahvé», o bien «Oráculo de Yahvé».

Esta palabra que les llega es más fuerte que ellos y no la pueden acallar: «Habla el Señor Yahvé, ¿quién no profetizará?», exclama Amós, 3 8, y Jeremías lucha en vano contra esta fuerza, Jr 20 7-9. En un momento de su vida, fueron llamados de modo irresistible por Dios, Am 7 15; Is 6, sobre todo Jr 1 4-10, y elegidos como mensajeros suyos, Is 6 8; y el comienzo de la historia de Jonás demuestra lo que costaba sustraerse a esta misión. Fueron enviados para manifestar la voluntad de Yahvé y ser ellos mismos «señales». No sólo sus palabras, sino también sus acciones, su vida, todo es profecía. El matrimonio real y desgraciado de Oseas es un símbolo, Os 1-3; Isaías ha de pasearse desnudo para servir de presagio, Is 20 3; él mismo y sus hijos son «señales prodigiosas», Is 8 18; la existencia de Jeremías es una enseñanza, Jr 16; y cuando Ezequiel ejecuta las extrañas órdenes de Dios, él mismo es una «señal para la casa de Israel», Ez 4 3; 12 6.11; 24 24.

El mensaje divino puede llegar al profeta de muchas maneras: en visión, como la de Is 6 o las de Ez 1, 2, 8, etc., Dn 8-12, Za 1-6, rara vez en visión nocturna, ver

ZACARÍAS

Nm 12 6, como en Dn 7; Za 1 8s; por audición, pero las más de las veces por una inspiración interior (así pueden entenderse generalmente las fórmulas: «Yahvé me dirigió la palabra», «Palabra de Yahvé a...»), ya sea de improviso, ya con ocasión de una circunstancia trivial: la vista de una rama de almendro, Jr 1 11, o de dos cestos de higos, Jr 24, una visita al alfarero, Jr 18 1-4. El profeta transmite el mensaje recibido en formas igualmente variadas: en fragmentos líricos o relatos en prosa, en parábola o abiertamente, en el estilo sobrio de los oráculos, o también utilizando las formas literarias de la reprensión, de la diatriba, del sermón, de los pleitos, de los escritos de sabiduría o de los salmos cultuales, de las canciones amorosas, de la sátira, de la lamentación fúnebre...

Esta variedad en la recepción y expresión del mensaje depende en gran parte del temperamento personal y de las dotes naturales de cada profeta, pero encubre una identidad fundamental: todo verdadero profeta tiene viva conciencia de no ser más que un instrumento, de que las palabras que profiere son y no son suyas a la vez. Tiene la convicción inquebrantable de que ha recibido una palabra de Yahvé y que debe comunicarla. Esta convicción se funda en la experiencia misteriosa, digamos mística, de un contacto inmediato con Yahvé. Puede suceder, como se ha dicho, que este influjo divino provoque exteriormente manifestaciones «anormales», pero sólo se trata de algo accidental, como entre los grandes místicos. En cambio, como también sucede a los místicos, debemos afirmar que esta intervención de Dios en el interior del profeta coloca a éste en un estado psicológico «supranormal». Negarlo, sería rebajar el espíritu profético al rango de la inspiración del poeta, o de las ilusiones de los pseudo-inspirados.

El mensaje profético rara vez se dirige a un individuo, Is 22 15s; o lo hace en un contexto más amplio, Jr 20 6; Am 7 17. Hay que exceptuar al rey, que es jefe del pueblo: Natán con David, Elías con Ajab, Isaías ante Ajaz y Ezequías, y Jeremías ante Sedecías; y también al sumo sacerdote, jefe de la comunidad al regreso del Destierro, Za 3. Pero, fuera de estas excepciones, lo que distingue a los grandes profetas, cuya obra conservamos, de sus predecesores en Israel y de sus similares en el medio oriental, es que su mensaje se dirige a todo el pueblo. En todos los relatos de vocación, el profeta es enviado al pueblo, Am 7 15; Is 6 9; Ez 2 3; incluso a todos los pueblos, como en el caso de Jeremías, Jr 1 10.

Su mensaje atañe al presente y al futuro. El profeta es enviado a sus contemporáneos, les transmite los deseos divinos. Pero, en cuanto intérprete de Dios, se halla por encima del tiempo, y sus «predicciones» vienen a confirmar y prolongar sus «predicaciones». Puede anunciar un acontecimiento próximo como señal cuya realización justificará sus palabras y su misión, 1 S 10 1s; Is 7 14; Jr 28 15s; 44 29-30; prevé el castigo como

sanción de las faltas que fustiga, la salvación como recompensa de la conversión que pide. Los profetas más recientes podrán recorrer el velo hasta los últimos tiempos, hasta el triunfo final de Yahvé, pero siempre resulta una enseñanzapara el presente. Sin embargo, como el profeta no es más que un instrumento, el mensaje que transmite puede rebasar las circunstancias en que se haya pronunciado y aun la conciencia misma del profeta, quedando envuelto en el misterio hasta que el porvenir lo haga explícito realizándolo.

Jeremías es enviado «para extirpar y destruir, para reconstruir y plantar». El mensaje profético presenta dos caras; es severo y consolador. Y no hay duda de que a menudo es duro, lleno de amenazas y de reproches, hasta tal punto que esta severidad puede aparecer como señal de la verdadera profecía, Jr 28 8-9, ver Jr 26 16-19; 1 R 22 8. Es que el pecado, obstáculo para los designios de Dios, obsesiona al profeta. Pero las perspectivas de salvación no se cierran nunca. El libro de la Consolación, Is 40-55, es una de las cumbres de la profecía, y no hay razón para cercenar de los profetas más antiguos los anuncios de alegría, que se encuentran ya en Am 9 8-15; Os 2 16-25; 11 8-11; 14 2-9. En el proceder de Dios para con su pueblo, gracia y castigo se complementan.

El profeta es enviado al pueblo de Israel, pero su horizonte es más vasto, como el poder de Yahvé, cuyas obras anuncia. Los grandes profetas tienen grupos de oráculos contra las naciones, Is 13-23; Jr 46-51; Ez 25-32. Amós comienza con el juicio contra los vecinos de Israel; Abdías profiere un oráculo sobre Edom; de Nahúm sólo tenemos un oráculo contra Ninive, a donde precisamente es enviado Jonás a predicar.

El profeta está seguro de hablar en nombre de Yahvé, pero ¿cómo reconocerán sus oyentes que es profeta auténtico? Porque existen falsos profetas, que aparecen con frecuencia en la Biblia. Pueden ser hombres sinceros que sufren ilusión o pueden ser simuladores, pero su comportamiento exterior no los distingue de los verdaderos profetas. Engañan al pueblo, y los verdaderos profetas tienen que polemizar contra ellos: Miqueas ben Yimlá contra los profetas de Ajab, 1 R 22 8s; Jeremías contra Ananías, Jr 28, o contra los falsos profetas en general, Jr 23; Ezequiel contra profetas y profetisas, Ez 13. ¿Cómo saber que el mensaje procede verdaderamente de Yahvé? ¿Cómo distinguir la verdadera profecía? Hay dos criterios, según la Biblia: el cumplimiento de la profecía, Jr 28 9; Dt 18 22 (y ver los textos arriba citados sobre el anuncio de próximos acontecimientos como «señales» de la verdadera profecía), pero sobre todo la conformidad de la enseñanza con la doctrina yahvista, Jr 23 22; Dt 13 2-6.

Los textos citados del Deuteronomio indican que la profecía era una institución reconocida por la religión oficial. A veces los profetas aparecen junto a los

sacerdotes, Jr 8 1; 23 11; 26 7s, etc.; Za 7 3, etc., y Jeremías nos informa de que en el Templo de Jerusalén había una «cámara de Ben Yojanán, hombre de Dios», probablemente un profeta. De estos hechos y de la semejanza de algunas de sus profecías con piezas litúrgicas, se ha sacado recientemente la conclusión de que los profetas, aun los mayores, habían formado parte del personal del santuario y desempeñado un papel en el culto. La teoría va mucho más allá que los textos en que se apoya, y basta con reconocer cierto vínculo entre los profetas y los centros de vida religiosa, así como una influencia de la liturgia sobre la composición de algunos de sus oráculos, sobre todo en Habacuc, Zacarías y Joel.

La idea fundamental que se desprende de la complejidad de los hechos y de los textos tocantes al profetismo parece ser ésta: el profeta es un hombre que tiene una experiencia inmediata de Dios, que ha recibido la revelación de su santidad y de sus deseos, que juzga el presente y ve el futuro a la luz de Dios y que es enviado por Dios para recordar a los hombres sus exigencias y llevarlos por la senda de la obediencia y de su amor. El profetismo así entendido, a pesar de las semejanzas que es posible destacar con fenómenos religiosos en otras religiones y entre los pueblos vecinos, es un fenómeno propio de Israel, uno de los procedimientos de la Providencia divina en la dirección del pueblo elegido.

El movimiento profético.

Siendo éstos el carácter y la función del profeta, no es de extrañar que la Biblia ponga a Moisés a la cabeza del linaje de los profetas, Dt 18 15.18, y le considere como el mayor de todos, Nm 12 6-8; Dt 34 10-12, pues ha conocido a Yahvé cara a cara, le ha hablado boca a boca y ha transmitido su Ley al pueblo. Jamás han faltado en Israel herederos de sus dones, empezando por su sucesor Josué, «en quien está el espíritu», Nm 27 18, ver Dt 34 9. En la época de los Jueces aparecen la profetisa Débora, Jc 4-5, y un profeta anónimo, Jc 6 8; luego surge la gran figura de Samuel, profeta y vidente, 1 S 3 20; 9 9; ver 2 Cro 35 18. Entonces se difunde el espíritu profético en grupos de inspirados, de cuyo extraño comportamiento se ha hablado más arriba, 1 S 10 5; 19 20; luego encontramos las comunidades más sensatas de «los hermanos profetas», 2 R 2, etc. Estas hermandades no tardan en desaparecer, pero hasta después del regreso del Destierro la Biblia habla de profetas en plural, Za 7 3. Fuera de estas comunidades, cuyo influjo sobre la vida religiosa del pueblo no es posible precisar, aparecen personalidades destacadas: Gad, profeta de David, 1 S 22 5; 2 S 24 11; Natán, con el mismo rey, 2 S 7 2s; 12 1s; 1 R 1 11s; Ajías en tiempo de Jeroboán, 1 R 11 29s; 14 2s; Jehú, hijo de Jananí, en tiempo de Basá, 1 R 16 7; Elías y Eliseo en tiempo de Ajab y sus sucesores, 1 R 17 a 2 R 13 passim; Jonás en tiempo de

Jeroboán II, 2 R 14 25; la profetisa Juldá en tiempo de Josías, 2 R 22 14s; Urias en tiempo de Joaquín, Jr 26 20. Los libros de las Crónicas añaden a esta lista: Semaías en tiempo de Roboán, 2 Cro 12 5s; Idó en tiempo de Roboán y Abías, 2 Cro 12 15; 13 22; Azarías en tiempo de Asá, 2 Cro 15 1s; Oded en tiempo de Ajaz, 2 Cro 28 9s, y algunos anónimos.

Sólo por alusiones conocemos a la mayoría de estos profetas. Sin embargo, hay algunas figuras de más relieve. Natán anuncia a David la permanencia de su dinastía, en la que Yahvé se complace; es el primer eslabón de las profecías, que luego irán precisándose, sobre el Mesías hijo de David, 2 S 7 1-17. Pero el mismo Natán reprende con vehemencia a David por su pecado con Betsabé y, en vista de su arrepentimiento, le asegura el perdón de Dios, 2 S 12 1-25. Estamos especialmente informados sobre Elías y Eliseo por los relatos de los libros de los Reyes. En un momento en que la invasión de los cultos extranjeros hacía peligrar la religión de Yahvé, Elías se alza como el campeón del verdadero Dios y logra en la cumbre del Carmelo una brillante victoria sobre los profetas de Baal, 1 R 18. Su encuentro con Dios en el Horeb, donde se había pactado la alianza, le relaciona directamente con Moisés, 1 R 19. Elías, defensor de la fe, lo es también de la moral, y fulmina la condenación divina contra Ajab, que ha asesinado a Nabot para quitarle su viña, 1 R 21. Su fin misterioso, 2 R 2 1-18, envuelve en un halo su figura, que no ha dejado de agrandarse en la tradición judía. Al contrario de Elías, profeta solitario, Eliseo se inmiscuye mucho en la vida de su tiempo. Interviene en el curso de la guerra moabita, 2 R 3, y de las guerras arameas, 2 R 6-7, juega un papel en la usurpación de Jazael en Damasco, 2 R 8 7-15, y en la de Jehú en Israel, 2 R 9 1-3, le consultan los grandes, como Joás de Israel, 2 R 13 14-19, Ben Hadad de Damasco, 2 R 8 7-8, Naamán el sirio, 2 R 5. Mantiene también relaciones con los grupos de «hermanos profetas», que referían de él historias maravillosas, 2 R 4 1-7.38-44; 6 1-7.

Más completa información tenemos naturalmente de los profetas canónicos, y presentaremos a cada uno de ellos a propósito del libro que lleva su nombre. Baste con indicar aquí su lugar en el movimiento profético y exponer las novedades que suponen en relación con la época precedente. Intervienen en los periodos de crisis que preceden o acompañan a los momentos capitales de la historia nacional: la amenaza asiria y la ruina del reino del Norte; la ruina del reino de Judá y la salida para el Destierro; el fin del Destierro y el regreso. No se dirigen al rey, sino al pueblo; y, porque su mensaje tiene este alcance general, se conserva por escrito y sigue operando. El primero entre estos profetas, Amós, ejerce su ministerio a mediados del siglo VIII a.C., unos cincuenta años después de la muerte de Eliseo, y el gran movimiento profético durará hasta el Destierro, menos de dos siglos. Éstos

ZACARÍAS

están dominados por las extraordinarias figuras de Isaías y Jeremías, pero en los cuales también se sitúan Oseas, Miqueas, Nahúm, Sofonías y Habacuc. El final del ministerio de Jeremías coincide con los comienzos de Ezequiel. No obstante, con este profeta del Destierro hay un cambio de tono: menos fuego y espontaneidad, visiones grandiosas, pero complicadas, descripciones minuciosas, preocupación cada vez mayor por los últimos tiempos, en una palabra, rasgos que anuncian la literatura apocalíptica. Con todo, la gran corriente isaiana se perpetúa entonces, enriquecida, en el libro de la Consolación, Is 40-55. Los profetas de la vuelta del Destierro, Ageo y Zacarías, tienen un horizonte más limitado: su interés se concentra en la restauración del Templo. Tras ellos, Malaquías subraya los defectos de la nueva comunidad. Luego, el librito de Jonás, que prelude el género midrásico, utiliza las Escrituras antiguas para una enseñanza nueva. La vena apocalíptica, abierta por Ezequiel, brota de nuevo en Joel y en la segunda parte de Zacarías. E invade el libro de Daniel, donde las visiones del pasado y del futuro se conjugan en un cuadro intemporal de la destrucción del Mal y del advenimiento del Reino de Dios. En este momento, la gran inspiración profética parece agotada, se apela a los «profetas de antaño», Dn 9 6.10, ver ya Za 7 7.12; y Za 13 2-6 prevé la desaparición de la institución profética comprometida por los falsos profetas. Pero Jl 3 1-5 anuncia una efusión del Espíritu en los tiempos mesiánicos. Ésta se realizará en Pentecostés, según Hch2 16s. Trátase, en efecto, del comienzo de la nueva era inaugurada por la predicación de Juan el Bautista, el último de los profetas de la antigua Ley, «profeta y más que profeta», Mt 11 9; Lc 7 26.

La doctrina de los profetas.

Los profetas han desempeñado un papel considerable en el desarrollo religioso de Israel. No sólo han mantenido y guiado al pueblo por la senda del Yahvismo auténtico, sino que han sido los órganos principales del progreso de la Revelación. En esta actividad polifacética, cada uno ha desempeñado su propia función y ha aportado su piedra al edificio doctrinal. Sin embargo, sus contribuciones se conjugan y se combinan siguiendo tres líneas maestras, precisamente las mismas que caracterizan la religión del AT: el monoteísmo, el moralismo y la espera de la salvación.

El monoteísmo. Sólo paulatinamente había llegado Israel a una definición filosófica del monoteísmo: afirmación de la existencia de un Dios único, negación de la existencia de cualquier otro dios. Por mucho tiempo se había aceptado la idea de que los demás pueblos tenían otros dioses, pero esto no causaba preocupación: Israel sólo reconocía a Yahvé, que era el más poderoso de los dioses y exigía un culto exclusivo. El paso de esta conciencia y de esta práctica

monoteísta a una definición abstracta fue fruto de la predicación de los profetas. Cuando el más antiguo de ellos, Amós, presenta a Yahvé como al Dios que impera sobre las fuerzas de la naturaleza y es el dueño de los hombres y de los acontecimientos, se limita a evocar verdades antiguas, que dan todo su valor a las amenazas que profiere. Pero el contenido y las consecuencias de esta fe antigua van afirmándose cada vez con mayor claridad. La revelación del Dios del Sinaí había sido vinculada a la elección del pueblo y a la conclusión de la Alianza, y en consecuencia Yahvé aparece como el Dios propio de Israel, vinculado a la tierra y a los santuarios de Israel. Sin dejar de subrayar enérgicamente los vínculos que unen a Yahvé con su pueblo, los profetas muestran que también dirige los destinos de los demás pueblos, Am 9 7. Él juzga a los pequeños Estados y a los grandes Imperios, Am 1-2 (y todas las profecías contra las naciones), les otorga y les retira el poder, Jr 27 5-8, los toma como instrumentos de su venganza, Am 6 11; Is 7 18-19; 10 6; Jr 5 15-17, pero los frena cuando quiere, Is 10 12. Sin dejar de proclamar que la tierra de Israel es la de Yahvé, Jr 7 7, y que el Templo es su morada, Is 6; Jr 7 10-11, predicen la destrucción del santuario, Mi 3 12; Jr 7 12-14; 26; y Ezequiel ve cómo la gloria de Yahvé abandona Jerusalén, Ez 10 18-22; 11 22-23.

Yahvé, dueño de toda la tierra, no deja espacio para otros dioses. Los profetas, luchando contra el influjo de los cultos paganos y las tentaciones de sincretismo que ponían en peligro la fe de Israel, afirman la impotencia de los falsos dioses y la vanidad de los ídolos, Os 2 7-15; Jr 2 5-13. 27-28; 5 7; 16 20. Durante el Destierro, cuando el derrumbamiento de las esperanzas nacionales podía suscitar dudas sobre el poder de Yahvé, la polémica contra los ídolos se hace más incisiva y racional en el Deutero-Isaías, Is 40 19-20; 41 6-7.21-24; 44 9-20; 46 1-7; ver Jr 10 1-16, y más tarde en la carta de Jeremías (= Ba 6) y Dn 14. A esta crítica se contraponen la expresión triunfante del monoteísmo absoluto, Is 44 6-8; 46 1-7.9.

Este Dios es trascendente, y los profetas expresan precisamente esta trascendencia sobre todo al decir que Dios es «santo», uno de los temas favoritos de la predicación de Isaías, Is 6 y otros muchos pasajes: 1 4; 5 19.24; 10 17.20, etc., pero también Os 11 9; Is 40 25; 41 14.16.20, etc.; Jr 50 29; 51 5; Ha 1 12; 3 3. Está rodeado de misterio, Is 6; Ez 1, infinitamente por encima de los «hijos de hombre», expresión que Ezequiel repite hasta la saciedad para subrayar la distancia que separa al profeta de su interlocutor divino. Y sin embargo, está muy cerca por la bondad, por la ternura misma que demuestra a su pueblo, especialmente en Oseas y Jeremías, con la alegoría del matrimonio entre Yahvé e Israel, Os 2; Jr 2 2-7; 3 6-8, ampliamente desarrollada por Ezequiel, Ez 16 y 23.

El moralismo. A la Santidad de Dios se opone la impureza del hombre, Is 6 5, y por este contraste los

profetas adquieren una aguda conciencia del pecado. Si el monoteísmo no era ninguna innovación, tampoco lo fue este moralismo, inscrito ya en el Decálogo, motivo de la intervención de Natán ante David, 2 S 12, de Elías ante Ajab, 1 R 21. Pero los profetas canónicos vuelven constantemente a lo mismo: el pecado es lo que separa al hombre de Dios, Is 59 2. El pecado, en efecto, es un atentado contra el Dios de Justicia (Amós), contra el Dios de Amor (Oseas), contra el Dios de Santidad (Isaías). En cuanto a Jeremías, se puede decir que el pecado ocupa el centro de su visión: se extiende a toda la nación, que parece corrompida definitivamente, incapaz de conversión, Jr 13 23. Este desbordamiento del mal reclama el castigo de Dios, el gran juicio del «Día de Yahvé», Is 2 6-22; 5 18-20; Os 5 9-14; Jl 2 1-2; So 1 14-18; y el anuncio de la desgracia es para Jeremías un distintivo de la verdadera profecía, Jr 28 8-9. El pecado, que es pecado de la masa, reclama esta sanción colectiva; con todo, la idea de la retribución individual comienza a aparecer en Jr 31 29-30 (ver Dt 24 16) y se afirma en Ez 18, ver 33 10-20.

Pero lo que se llama «monoteísmo ético» de los profetas no es un antilegalismo. Su moralismo está basado en el derecho promulgado por Dios que se infringe o es pasado por alto; ver, por ejemplo, el discurso de Jr 7 5-10 y sus relaciones con el Decálogo. Paralelamente la concepción de la vida religiosa gana en profundidad. Para escapar al castigo hay que «buscar a Dios», Am 5 4; Jr 50 4; So 2 3, es decir, precisa Sofonías, hay que cumplir sus mandamientos, caminar en rectitud, vivir en humildad, ver Is 1 17; Am 5 24; Os 10 12; Mi 6 8. Lo que Dios pide es una religión interior, que para Jeremías es una condición de la Alianza nueva, Jr 31 31-34. Este espíritu debe animar toda la vida religiosa y las manifestaciones exteriores del culto, y los profetas protestan contra un ritualismo ajeno a toda preocupación moral, Is 1 11-17; Jr 6 20; Os 6 6; Mi 6 6-8. Pero presentarlos como adversarios del culto en sí mismo es falsear la verdad; el culto y el templo serán las preocupaciones más importantes para Ezequiel, Ageo y Zacarías.

La espera de la Salvación. Sin embargo, el castigo no es la última palabra de Dios, que no quiere la ruina total de su pueblo, sino que, a pesar de todas las apostasías, prosigue la realización de sus promesas. Dios reservará un «Resto», Is 4 3+. La noción que aparece en Amós, 5 15, evoluciona y se precisa en sus sucesores. En la visión de los profetas, los dos planos del castigo inminente y del juicio postrero de Dios se superponen, y el «Resto» es a la vez el que se librará del peligro presente y se beneficiará de la salvación final. Ambos planos se distinguen por el desarrollo de la historia: después de cada prueba, el Resto es el grupo que ha sobrevivido; los habitantes que quedaron en Israel o Judá después de la caída de Samaria o la invasión de Senaquerib, Am 5 15; Is 37 31-32; los

desterrados en Babilonia tras la ruina de Jerusalén, Jr 24 8; la comunidad que vuelve a Palestina después del Destierro, Za 8 6.11.12; Esd 9 8.13-15. Pero ese grupo es al mismo tiempo, en cada época, el germen, el vástago de un pueblo santo al que está prometido el futuro, Is 11 10; 37 31; Mi 4 7; 5 6-7; Ez 37 12-14; Za 8 11-13.

Será una era de felicidad inaudita; los dispersos de Israel y de Judá, Is 11 12-13; Jr 30-31, volverán a Tierra Santa, que será prodigiosamente próspera, Is 30 23-26; 32 15-17; y el pueblo de Dios se vengará de sus enemigos, Mi 4 11-13; 5 6-8. Pero estas perspectivas de prosperidad y poder materiales no constituyen lo esencial; simplemente acompañan al advenimiento del Reino de Dios. Y éste supone un clima espiritual: justicia y santidad, Is 29 19-24, conversión interior y perdón divino, Jr 31 31-34, conocimiento de Dios, Is 2 3; 11 9; Jr 31 34, paz y gozo, Is 2 4; 9 6; 11 6-8; 29 19. Para establecer y regir su reino sobre la tierra, el rey Yahvé tendrá un representante al que la unción le hará su vasallo: será el «ungido» de Yahvé, en hebreo su «mesías». Será un profeta, Natán, quien al prometer a David la permanencia de su dinastía, 2 S 7, formule la primera expresión de este mesianismo real, cuyo eco se encuentra en ciertos Salmos, ver Introducción. Sin embargo, los fracasos y la mala conducta de la mayoría de los sucesores de David pareció que daba un mentís a ese mesianismo «dinástico», y la esperanza se concentró en un rey particular cuya venida se esperaba en un futuro próximo o lejano. Éste es el salvador que vislumbran los profetas, especialmente Isaías, pero también Miqueas y Jeremías. El Mesías (ahora sí se puede emplear la mayúscula) será del linaje de David, Is 11 1; Jr 23 5 = 33 15, y como él, saldrá de Belén-Efratá, Mi 5 1. Recibirá los títulos más grandiosos, Is 9 5, y el Espíritu de Yahvé reposará en él con todo el cortejo de sus dones, Is 11 1-5. Para Isaías, él es el Emmanuel, «Dios con nosotros», Is 7 14; para Jeremías, Yahvé sidqenû, «Yahvé, justicia nuestra», Jr 23 6, dos nombres que resumen el genuino ideal mesiánico.

Esta esperanza sobrevivió al derrumbamiento de los sueños del dominio terrestre y a la dura lección del Destierro, pero las perspectivas sufrieron un cambio. A pesar de las esperanzas puestas por unos momentos en el davidida Zorobabel por Ageo y Zacarías, el mesianismo real sufrió un eclipse: ningún descendiente de David se sentaba ya en el trono e Israel se encontraba sometido a dominación extranjera. Bien es verdad que Ezequiel espera la venida de un nuevo David, pero le llama «príncipe» y no «rey», y lo describe como mediador y pastor más que como soberano poderoso, Ez 34 23-24; 37 24-25; Zacarías anunciará la venida de un rey, pero éste será humilde y pacífico, Za 9 9-10. Para el Segundo Isaías, el Ungido de Yahvé no es un rey davidico, sino el rey de Persia, Ciro, Is 45 1, instrumento de Dios para la liberación

ZACARÍAS

de su pueblo; y el mismo profeta introduce otra figura de salvador, el Siervo de Yahvé, que es maestro de su pueblo y luz de las naciones, y que predica con toda dulzura el derecho de Dios; no tendrá figura humana, será rechazado por los suyos, pero les conseguirá la salvación al precio de su propia vida, Is 42 1-7; 49 1-9; 50 4-9, y principalmente 52 13-53 12. Finalmente, Daniel ve venir sobre las nubes del cielo como un Hijo de hombre, que recibe de Dios el imperio sobre todos los pueblos, un reino que no pasará, Dn 7. Hubo, sin embargo, un rebrote de la antigua corriente: en visperas de nuestra era, la espera de un Mesías gozaba de amplia difusión, pero ciertos ambientes esperaban también a un Mesías sacerdotal, y otros a un Mesías trascendente.

La primera comunidad cristiana refirió todos estos pasajes proféticos a Jesús, quien concilió en sí mismo sus divergencias. Él es el Salvador, el Cristo, es decir, el Mesías, descendiente de David, nacido en Belén, el Rey pacífico de Zacarías y el Siervo doliente del Segundo Isaías, el niño Emmanuel anunciado por Isaías y también el Hijo del hombre de origen celeste, contemplado por Daniel. Pero estas referencias a los antiguos anuncios no deben ocultar la originalidad de este mesianismo cristiano, que se desprende de la persona y de la vida de Jesús. Él ha realizado las profecías, pero rebasándolas, y él mismo ha repudiado la noción política tradicional del mesianismo real.

Los libros de los profetas.

Se llama comúnmente «profetas escritores» a aquellos a quienes se les atribuye un libro en el canon de la Biblia. Lo que queda dicho respecto del ministerio profético muestra que tal denominación es inexacta: el profeta no es un escritor; es ante todo un orador, un predicador. El mensaje profético en su origen es hablado, pero debemos explicar cómo se ha pasado de la palabra hablada al libro escrito.

En estos libros encontramos tres clases de elementos: 1.º «dichos proféticos», oráculos en los que unas veces es el propio Yahvé quien habla, otras el profeta en nombre de Yahvé, o bien trozos poéticos que contienen una enseñanza, un anuncio, una amenaza, una promesa...; 2.º relatos en primera persona en los que el profeta refiere su experiencia, en especial su vocación; 3.º relatos en tercera persona, que narran acontecimientos de la vida del profeta o las circunstancias de su ministerio. Pueden entremezclarse estos tres géneros y frecuentemente ocurre que los relatos intercalan oráculos o discursos.

Los pasajes en tercera persona indican un redactor distinto del profeta. Tenemos un claro testimonio de esto en el libro de Jeremías. El profeta dictó a Baruc, Jr 36 4, todas las palabras que había pronunciado en nombre de Yahvé desde hacía veintitrés años, ver Jr 25 3. Habiendo quemado el rollo el rey Joaquín, Jr 36 23, un nuevo rollo fue escrito por el mismo Baruc, Jr 36

32. La relación de estos hechos sólo puede provenir del mismo Baruc, a quien, en consecuencia, se atribuirán también los relatos biográficos subsiguientes, Jr 37-44, que de hecho concluyen con una palabra de consuelo dirigida a Baruc por Jeremías, Jr 45 1-5. Incidentalmente, se nos dice que en el segundo rollo de Baruc «se añadió a aquéllas (palabras) otras muchas por el estilo» (añadidas por Baruc o por otros), Jr 36 32.

Circunstancias análogas pueden explicar la composición de otros libros. Es probable que los mismos profetas hayan escrito o dictado una parte de sus profecías o el relato de sus experiencias, ver Is 8 1; 30 8; Jr 30 2; 51 60; Ez 43 11; Ha 2 2. Una parte de esta herencia ha podido también conservarse fielmente por mera tradición oral entre los que rodeaban a los profetas o entre sus discípulos (parece haber una alusión a los de Isaías, Is 8 16). Estos mismos medios conservaban recuerdos de la vida de cada profeta, y tales recuerdos incluían también oráculos, por ejemplo, las tradiciones sobre Isaías reunidas en los libros de los Reyes, 2 R 18- 20, y de allí trasladadas al libro de Isaías, Is 36-39, o bien el relato del conflicto entre Amós y Amasías, Am 7 10-17.

Partiendo de estos elementos, se han formado colecciones que reúnen los oráculos del mismo estilo o los trozos que tratan de un mismo tema (por ejemplo los oráculos contra las naciones de Isaías, Jeremías y Ezequiel), o que contrarrestan los anuncios de infortunio con promesas de salvación (por ejemplo Miqueas). Estos escritos han sido leídos y meditados, y han contribuido a perpetuar las corrientes espirituales emanadas de los profetas; los contemporáneos de Jeremías citan una profecía de Miqueas, Jr 26 17-18; es frecuente la alusión a los antiguos profetas, Jr 28 8, y como un estribillo en Jr 7 25; 25 4; 26 5, etc.; luego en Za 1 4-6; 7 7.12; Dn 9 6.10; Esd 9 11. En los medios fervorosos que alimentaban su fe y su piedad con las profecías, los libros de los profetas seguían siendo algo vivo, y lo mismo que en el rollo de Baruc, Jr 36 32, «se añadió a aquéllas (palabras) otras muchas por el estilo» por inspiración de Dios, para adaptarlas a las necesidades presentes del pueblo o para enriquecerlas, en algunos casos, como veremos en los libros de Isaías y Zacarías, tales adiciones pudieron ser extensas. Al hacer esto, los herederos de los profetas tenían la convicción de que preservaban y hacían fructificar el tesoro que de ellos habían recibido.

Los libros de los cuatro profetas «Mayores» se colocan en el canon conforme a su orden cronológico, que es el que seguiremos. La distribución de los doce Profetas «Menores» es más arbitraria. Intentaremos presentarlos también por orden cronológico en cuanto sea posible.

Los Doce Profetas.

El último libro del canon hebreo de los Profetas se denomina simplemente «los Doce». Agrupa, en efecto, doce opúsculos atribuidos a diferentes profetas. La Biblia griega lo titula el «Dodecaprofetón». La Iglesia cristiana lo considera como la colección de los doce Profetas Menores, título que indica la brevedad de los libros y no un valor inferior a la de los profetas «mayores». La colección se hallaba ya formada en la época del Eclesiástico, Si 49 10. La Biblia hebrea, seguida por la Vulgata, coloca estos opúsculos según el orden histórico que la tradición les atribuía. La colocación es algo distinta en la Biblia griega, que además los pone delante de los Profetas Mayores.

La traducción sigue la disposición tradicional de la Vulgata (y del hebreo), pero aquí presentamos los libros según el orden histórico más probable.

ZACARÍAS

El libro de Zacarías se compone de dos partes muy distintas: **1-8** y **9-14**. Tras una introducción, fechada en octubre-noviembre del 520, dos meses después de la primera profecía de Ageo, el libro refiere ocho visiones del profeta que comienzan en febrero del 519, **1 7 - 6 8**, seguidas de la coronación simbólica de Zorobabel (los escribas introdujeron el nombre del sumo sacerdote Josué cuando se desvanecieron las esperanzas puestas en Zorobabel y el sacerdocio retuvo todo el poder), **6 9-14**. El cap. **7** es una ojeada retrospectiva al pasado nacional, y el cap. **8** abre perspectivas de salvación mesiánica, ambos a propósito de un problema sobre el ayuno, planteado en noviembre del 518.

Este conjunto bien fechado y de pensamiento homogéneo es ciertamente auténtico; lleva, sin embargo, las huellas de una revisión, hecha por el profeta mismo o por sus discípulos. Por ejemplo, los anuncios universalistas de **8 20-23** han sido añadidos después de **8 18-19**, que constituye una conclusión.

Zacarías se preocupa, como Ageo, de la reconstrucción del Templo, se extiende más que él al hablar de la restauración nacional y de sus exigencias de pureza y moralidad, y la espera escatológica resulta en él más apremiante. Esta restauración ha de dar paso a una era mesiánica en que el sacerdocio representado por Josué será exaltado, **3 1-7**, pero en el que la realeza será ejercida por el «Germen», **3 8**, término mesiánico que **6 12** aplica a Zorobabel. Los dos Ungidos, **4 14**, gobernarán en perfecta armonía, **6 13**. Así, Zacarías resucita la vieja idea del mesianismo real, pero la asocia a las preocupaciones sacerdotales de Ezequiel, cuya influencia se advierte en muchos puntos: papel preponderante de las visiones, tendencia apocalíptica y afán de pureza. Los mismos rasgos y la importancia que se concede a los ángeles son un anticipo de Daniel.

La segunda parte, **9-14**, que por lo demás comienza con un título nuevo, **9 1**, es del todo diferente. Las piezas no tienen fecha y son anónimas. Ya no se habla de Zacarías ni de Josué ni de Zorobabel ni de la construcción del Templo. El estilo es diferente y utiliza con frecuencia los libros anteriores, sobre todo Jeremías y Ezequiel. El horizonte histórico ya no es el mismo: Asur y Egipto vienen a ser nombres simbólicos de todos los opresores.

Estos capítulos han sido compuestos con gran probabilidad en los últimos decenios del siglo IV a.C., después de la conquista de Alejandro. A pesar de los esfuerzos últimamente renovados para probar su unidad, debemos admitir que son heterogéneos. Se distinguen dos secciones, introducidas cada una de ellas por un título, **9-11** y **12-14**; la primera está casi en su totalidad en verso, la segunda casi enteramente en prosa. Se habla de un Deutero-Zacarías y de un Trito-Zacarías. En realidad se trata de dos composiciones que también por su parte son heterogéneas. La primera se vale al parecer de antiguos trozos poéticos, preexílicos, y se refiere a sucesos históricos difíciles de precisar (la aplicación de **9 1-8** a la conquista de Alejandro parece la más probable). La segunda parte, **12-14**, describe con terminología apocalíptica las pruebas y las glorias de la Jerusalén de los últimos tiempos. Pero la escatología tampoco está ausente de la primera parte y algunos temas se encuentran en las dos secciones, por ejemplo, el de los «pastores» del pueblo, **10 2-3**; **11 4-14**; **13 7-9**.

Esta parte del libro es importante sobre todo por su doctrina mesiánica, poco unificada por lo demás: resurgimiento de la Casa de David, **12** passim, espera de un Mesías humilde y manso, **9 9-10**, pero anuncio misterioso del Traspasado, **12 10**, teocracia guerrera, **10 3 - 11 3**, pero también cultural al estilo de Ezequiel, **14**. Estos rasgos se armonizarán en la persona de Cristo, y el Nuevo Testamento cita con frecuencia estos capítulos de Zacarías o al menos alude a ellos, por ejemplo Mt **21 4-5**; **27 9** (combinado con Jeremías); **26 31 = Mc 14 27**; Jn **19 37**.

LIBRO DE ZACARÍAS

Primera parte

Exhortación a la conversión.

1 ¹ El octavo mes del año segundo de Darío dirigió Yahvé la palabra al profeta Zacarías (hijo de Berequías), hijo de Idó, en estos términos: ² «Yahvé se irritó mucho con vuestros antepasados» ³ Les dirás: «Así dice Yahvé Sebaot: Volveos a mí —oráculo de Yahvé Sebaot— y yo me volveré a vosotros, dice Yahvé Sebaot.

⁴ No seáis como vuestros antepasados, a quienes los antiguos profetas predicaban así: '¡Convertíos de vuestra mala conducta y de vuestras malas obras!' Pero ellos no escucharon ni me hicieron caso —oráculo de Yahvé—. ⁵ ¿Dónde están ahora vuestros antepasados? ¿Vivirán siempre vuestros profetas? ⁶ Sin embargo, mis palabras y preceptos encomendados a mis siervos los profetas ¿no alcanzaron a vuestros padres? Por eso se convirtieron diciendo: 'Yahvé Sebaot nos ha tratado como había decidido, según nuestra conducta y nuestras obras'.»

Primera visión: los jinetes.

⁷ El día veinticuatro del undécimo mes (el mes de Sebat), el año segundo de Darío, Yahvé dirigió la palabra al profeta Zacarías (hijo de Berequías), hijo de Idó, en estos términos: ⁸ He tenido una visión esta noche. Un hombre, a lomos de un caballo alazán, estaba parado entre los mirtos de la hondonada; detrás de él había caballos rojos, alazanes y blancos. ⁹ Yo pregunté: «¿Quiénes son éstos, señor?» El ángel que hablaba conmigo me contestó: «Yo te enseñaré quiénes son.» ¹⁰ Y el hombre que estaba entre los mirtos intervino diciendo: «Éstos son los que ha enviado Yahvé a recorrer la tierra.» ¹¹ Entonces ellos se dirigieron al ángel de Yahvé que estaba entre los mirtos y dijeron: «Hemos recorrido la tierra y hemos visto que toda la tierra vive en paz.» ¹² Tomó la palabra el ángel de Yahvé y dijo: «Oh Yahvé Sebaot, ¿hasta cuándo seguirás sin apiadarte de Jerusalén y de las ciudades de Judá, contra las que estás irritado desde hace setenta años?» ¹³ Yahvé respondió al ángel que hablaba conmigo palabras buenas, palabras de consuelo. ¹⁴ Y el ángel que hablaba conmigo me dijo: «Proclama lo siguiente: Así dice Yahvé Sebaot: Siento celos de Jerusalén y de Sión, unos celos terribles, ¹⁵ y estoy sobremanera encolerizado contra las naciones que se sienten seguras y que, cuando me vieron poco encolerizado, contribuyeron al mal. ¹⁶ Por eso, así dice Yahvé: Me vuelvo con

piedad hacia Jerusalén: en ella será reedificado mi templo —oráculo de Yahvé Sebaot— y el cordel de medir será aplicado a Jerusalén. ¹⁷ Clama también y di: Así dice Yahvé Sebaot: Aún han de rebosar mis ciudades de bienes; aún consolará Yahvé a Sión y aún elegirá a Jerusalén.»

Segunda visión: cuernos y herreros.

2 ¹ Alcé luego la vista y tuve una visión: Eran cuatro cuernos. ² Y dije al ángel que hablaba conmigo: «¿Qué significan?» Me dijo: «Son los cuernos que dispersaron a Judá (a Israel) y a Jerusalén.» ³ Yahvé me mostró después cuatro herreros. ⁴ Yo pregunté: «¿Qué vienen a hacer éstos?» Y él me contestó: «(Aquellos son los cuernos que dispersaron a Judá, hasta que nadie osó levantar cabeza.) Y éstos han venido a espantarlos (a abatir los cuernos de las naciones que embistieron con sus cuernos a la tierra de Judá para dispersarla).»

Tercera visión: el medidor.

⁵ Alcé la vista y tuve una visión: Era un hombre con un cordel de medir en la mano. ⁶ Le pregunté: «¿Adónde vas?» Me contestó: «A medir a Jerusalén, a ver cuánta es su anchura y cuánta su longitud.» ⁷ En esto, salió el ángel que hablaba conmigo, y otro ángel salió a su encuentro ⁸ y le dijo: «Corre, habla con ese joven y dile: Jerusalén será habitada como ciudad abierta, debido a la multitud de hombres y ganados que albergará en su interior. ⁹ Y seré para ella —oráculo de Yahvé— muralla de fuego en torno y gloria dentro de ella.»

Dos llamadas a los desterrados.

¹⁰ ¡Hala, venga, huid del país del Norte —oráculo de Yahvé—,

ya que a los cuatro vientos del cielo yo os esparcí! —oráculo de Yahvé—.

¹¹ ¡Hala, sálvate, Sión, tú que moras en Babilonia!

¹² Pues así dice Yahvé Sebaot, que tras la gloria me ha enviado a las naciones que os despojaron: «El que os toca a vosotros toca a la niña de mis ojos.»

¹³ Voy a alzar mi mano contra ellas, y serán despojo de sus propios vasallos. Sabréis así que Yahvé Sebaot me ha enviado.

¹⁴ Grita de gozo y alborozo, Sión capital, pues vengo a morar dentro de ti —oráculo de Yahvé—.

¹⁵ Aquel día se unirán a Yahvé numerosas naciones: serán un pueblo para mí,

y yo moraré en medio de ti.
Sabrás así que Yahvé Sebaot
me ha enviado a ti.

¹⁶ Poseerá Yahvé a Judá
como su lote en la Tierra Santa,
y elegirá de nuevo a Jerusalén.

¹⁷ ¡Silencio, todo el mundo, ante Yahvé,
pues se despierta en su santa Morada!

Cuarta visión: las vestiduras de Josué.

3 ¹ Después me mostró al sumo sacerdote Josué, que estaba ante el ángel de Yahvé; a su derecha estaba el Satán para acusarle. ² Dijo el ángel de Yahvé al Satán: «¡Yahvé te reprima, Satán; reprímate Yahvé, el que ha elegido a Jerusalén! ¿No es éste un tizón sacado del fuego?» ³ Estaba Josué vestido con ropas sucias, de pie ante el ángel. ^{4a} Tomó éste la palabra y habló así a los que estaban ante él: «¡Quitadle esas ropas sucias y ^{4c} ponédle un traje de fiesta; ⁵ colocad en su cabeza una diadema limpia!» Le vistieron un traje de fiesta y le colocaron en la cabeza la diadema limpia. El ángel de Yahvé, que seguía en pie, ^{4b} le dijo: «Mira, he pasado por alto tu culpa.» ⁶ Luego el ángel de Yahvé advirtió a Josué: ⁷ «Así dice Yahvé Sebaot: Si actúas según mis normas y guardas mis mandamientos, estarás al frente de mi templo, y tú mismo guardarás mis atrios: yo dejaré que te acerques con estos que están aquí.»

La venida del «Germen».

⁸ Escucha, pues, Josué, sumo sacerdote, tú y tus compañeros que están junto a ti —pues son hombres de presagio—: He decidido traer a mi siervo «Germen.» ⁹ Y ésta es la piedra que pongo delante de Josué; en esta única piedra hay siete ojos; yo mismo grabaré su inscripción —oráculo de Yahvé Sebaot— y quitaré la culpa de esta tierra en un solo día. ¹⁰ Aquel día —oráculo de Yahvé Sebaot— os invitaréis unos a otros bajo la parra y bajo la higuera.

Quinta visión: el candelabro y los olivos.

4 ¹ Volvió el ángel que hablaba conmigo y me despertó como a quien se despierta del sueño. ² Me preguntó: «¿Qué ves?» Respondí: «Veo un candelabro de oro macizo, con una cazoleta en su vértice: tiene siete lámparas y siete boquillas para las siete lámparas que lleva encima. ³ Hay también dos olivos junto a él, uno a su derecha y otro a su izquierda.» ⁴ Proseguí y dije al ángel que hablaba conmigo: «¿Qué significa esto, señor?» ⁵ Me respondió el ángel que hablaba conmigo: «¿No sabes qué significa esto?» Dije: «No, señor.» ^{6a} Prosiguió de este modo: ^{10b} «Esas siete cosas son los ojos de Yahvé, que recorren

toda la tierra.» ¹¹ Entonces tomé la palabra y le dije: «¿Qué significan esos dos olivos a derecha e izquierda del candelabro?» ¹² (Le pregunté también: «¿Qué significan las dos ramas de olivo que vierten aceite dorado por los dos tubos de oro?») ¹³ Me dijo: «¿No sabes qué significa esto?» Respondí: «No, señor.» ¹⁴ Y me dijo: «Son los dos Ungidos que están al servicio del Señor de toda la tierra.»

Tres palabras sobre Zorobabel.

^{6b} Ésta es la palabra dirigida por Yahvé a Zorobabel: No cuentan el valor ni la fuerza, sino sólo mi Espíritu —dice Yahvé Sebaot—. ⁷ ¿Quién eres tú, altiva montaña? Ante Zorobabel serás una explanada, y él extraerá la piedra de remate, a los gritos de «¡Bravo, bravo por ella!»

⁸ Yahvé me dirigió la palabra en estos términos: ⁹ Las manos de Zorobabel echaron los cimientos de este Templo y sus manos lo acabarán; (sabréis así que Yahvé Sebaot me ha enviado a vosotros).

^{10a} ¿Quién menospreció los modestos comienzos? ¡Se alegrará al ver la plomada en la mano de Zorobabel!

Sexta visión: el libro que vuela.

5 ¹ Alcé de nuevo la vista y tuve una visión: Era un rollo volando. ² El ángel me dijo: «¿Qué ves?» Respondí: «Veo un rollo volando, de veinte codos de largo y veinte de ancho.» ³ Y añadió: «Eso es la Maldición que sale sobre la faz de toda esta tierra. Pues, según ella, todo ladrón será expulsado de aquí, y todo el que jura será, según ella, expulsado de aquí. ⁴ La he dejado en libertad —oráculo de Yahvé Sebaot— para que entre en casa del ladrón y en casa del que jura por mi nombre en falso, para que se aloje en su casa y la consuma, con su maderamen y sus piedras.»

Séptima visión: la mujer dentro de la medida.

⁵ Salió el ángel que hablaba conmigo y me dijo: «Alza ahora la vista y mira eso que sale.» ⁶ Le pregunté: «¿Qué es eso?» Respondió: «Es la medida que sale.» Y añadió: «Ésta es la culpa de ellos en todo el país.» ⁷ En esto, se levantó la tapa de plomo y había una mujer sentada en medio de la medida. ⁸ Dijo él: «Ésta es la Maldad.» La echó dentro de la medida y volvió a poner la tapa de plomo en su boca. ⁹ Alcé luego la vista y tuve una visión: Aparecieron dos mujeres con las alas desplegadas al viento, pues tenían alas como de cigüeña. Y transportaron la medida entre la tierra y el cielo. ¹⁰ Pregunté entonces al ángel que hablaba conmigo: «¿Adónde llevan éstas la medida?» ¹¹ Me respondió: «Van a edificarle una casa en el país

ZACARÍAS

de Senaar, y cuando esté a punto será colocada allí sobre su base.»

Octava visión: los carros.

6 ¹ Alcé de nuevo la vista y tuve una visión: Eran cuatro carros que salían de entre dos montes; y los montes eran montes de bronce. ² El primer carro iba tirado por caballos alazanes, el segundo por caballos negros, ³ el tercero por caballos blancos, y el cuarto por caballos tordos. ⁴ Tomé la palabra y dije al ángel que hablaba conmigo: «¿Qué significan, señor?» ⁵ El ángel me respondió: «Son los cuatro vientos del cielo que salen después de presentarse ante el Señor de toda la tierra. ⁶ Los caballos negros salen hacia el norte; los blancos parten tras de ellos y los tordos salen hacia el sur.» ⁷ Partían briosos, impacientes por recorrer la tierra. Y les dijo: «Id, recorred la tierra.» Y recorrieron la tierra. ⁸ Y a mí me gritó en estos términos: «Mira, los que salen hacia el norte van a aplacar mi espíritu en el norte.»

La corona exvoto.

⁹ Yahvé me dirigió la palabra en estos términos: ¹⁰ «Haz una colecta entre los deportados: Jelday, Tobías y Yedaías; vienes aquel día y entras en casa de Josías, hijo de Sofonías, adonde han llegado de Babilonia; ¹¹ tomas la plata y el oro, haces una corona, la pones en la cabeza del sumo sacerdote Josué, hijo de Josadac, ¹² y le hablas de esta manera: Así dice Yahvé Sebaot: Éste es el hombre llamado Germen: debajo de él habrá germinación (y edificará el templo de Yahvé). ¹³ Él edificará el templo de Yahvé; llevará las insignias reales, se sentará dominador en su trono; habrá un sacerdote a su derecha, y un consejo de paz entre ambos. ¹⁴ Será la corona para Jelday, Tobías y Yedaías, y para el hijo de Sofonías, un memorial de gracia en el templo de Yahvé. ¹⁵ Y los que están lejos vendrán y reedificarán el templo de Yahvé. Sabréis entonces que Yahvé Sebaot me ha enviado a vosotros. Así será si de verdad escucháis la voz de Yahvé vuestro Dios.»

Cuestión sobre el ayuno.

7 ¹ El año cuarto del rey Darío, Yahvé dirigió la palabra a Zacarías, el día cuatro del noveno mes, el mes de Quisleu. ² Betel-Sarésér había enviado a Réguem-Mélec con sus oficiales a aplacar el rostro de Yahvé, ³ y a decir a los sacerdotes del templo de Yahvé Sebaot y a los profetas: «¿Tendré que observar un día de duelo y abstinencia el quinto mes como lo he hecho durante tantos años?»

Recuerdo del pasado nacional.

⁴ Yahvé me dirigió la palabra en estos términos: ⁵ Habla a todo el pueblo de la tierra y a los sacerdotes y diles: «Cuando habéis ayunado y plañido los meses quinto y séptimo de estos setenta años, ¿habéis ayunado de verdad por mí? ⁶ Y cuando coméis y bebéis, ¿no coméis y bebéis en provecho propio? ⁷ ¿No conocéis las palabras que Yahvé proclamó por medio de los antiguos profetas, cuando Jerusalén y las ciudades que la rodeaban vivían en paz, y estaban habitados el Negueb y la Tierra Baja? ⁸ (Yahvé dirigió la palabra a Zacarías en estos términos: ⁹ Así dice Yahvé Sebaot): Celebrad juicios justos, practicad entre vosotros el amor y la compasión. ¹⁰ No oprimáis a la viuda, al huérfano, al forastero, o al pobre; no maquinéis malas acciones entre vosotros. ¹¹ Pero ellos no quisieron hacer caso; no se dejaron someter y se hicieron los sordos para no escuchar; ¹² endurecieron su corazón como el diamante para no oír la Ley y las palabras que Yahvé Sebaot había dirigido por su espíritu, por medio de los antiguos profetas. Entonces montó en cólera Yahvé Sebaot y dijo: ¹³ Como no han escuchado cuando les he hablado, tampoco los escucharé cuando me llamen. ¹⁴ Así que los dispersé por todas las naciones que no conocían, y la tierra quedó devastada tras de ellos: ya nadie iba ni venía. Y así convirtieron una tierra deliciosa en pura desolación.»

Perspectivas de salvación mesiánica.

8 ¹ Yahvé dirigió la palabra en estos términos:

² Así dice Yahvé Sebaot:

Siento celos de Sión,
unos celos terribles;
siento por ella pasión,
una pasión enorme.

³ Así dice Yahvé:

Volveré a Sión,
habitaré en medio de Jerusalén.
Jerusalén se llamará Ciudad-de-Fidelidad,
y el monte de Yahvé Sebaot, Monte-de-Santidad.

⁴ Así dice Yahvé Sebaot:

Aún se sentarán viejos y viejas
en las plazas de Jerusalén,
cada cual con su bastón en la mano,
de tan viejos que se harán;

⁵ las plazas de la ciudad se llenarán
de muchachos y muchachas,
que jugarán en sus plazas.

⁶ Así dice Yahvé Sebaot:

Y si en aquellos días
esto parece imposible
al Resto de este pueblo,
¿también yo he de juzgarlo imposible?
—oráculo de Yahvé Sebaot—.

⁷ Así dice Yahvé Sebaot:
 Voy a salvar a mi pueblo,
 a traerlo de oriente,
 del país donde se pone el sol;
⁸ voy a traerlos para que moren
 en medio de Jerusalén.
 Ellos serán mi pueblo
 y yo seré su Dios
 con fidelidad y con justicia.

⁹ Así dice Yahvé Sebaot: Recobrad el ánimo,
 vosotros que oísteis esos días las palabras
 pronunciadas por los profetas, desde el día en
 que se echaron los cimientos del templo de
 Yahvé Sebaot para reconstruirlo. ¹⁰ Porque hasta
 esos días no había paga ni para los hombres ni
 para el ganado; no había paz para hacer una vida
 normal, a causa del enemigo, y yo había dado
 rienda suelta a los enfrentamientos entre los
 hombres. ¹¹ Pero ahora ya no seré para el Resto
 de este pueblo como en días pasados —oráculo
 de Yahvé Sebaot—. ¹² Porque hay simiente de
 paz: la vid dará su fruto, la tierra dará sus
 productos y los cielos darán su rocío; y yo daré en
 posesión al Resto de este pueblo todas estas
 cosas. ¹³ Y del mismo modo que fuisteis malditos
 entre las naciones, casa de Judá y casa de Israel,
 así os salvaré yo, y seréis benditos; ¡no tengáis
 miedo, recobrad el ánimo!

¹⁴ Así dice Yahvé Sebaot: Aunque decidí haceros
 mal cuando me irritaron vuestros padres —dice
 Yahvé Sebaot— y no me arrepentí de ello, ¹⁵ en
 estos días he decidido favorecer a Jerusalén y a
 la casa de Judá: ¡no temáis!

¹⁶ Esto es lo que debéis hacer: Deciros la verdad
 unos a otros; juzgar con equidad en vuestros
 tribunales; ¹⁷ no maquinareis el mal entre vosotros, y
 no aficionarse a jurar en falso, porque odio todas
 estas cosas —oráculo de Yahvé—.

Respuesta a la cuestión del ayuno.

¹⁸ Yahvé me dirigió la palabra en estos términos:
¹⁹ «Así dice Yahvé Sebaot: El ayuno de los meses
 cuarto, quinto, séptimo y décimo será para la
 casa de Judá ocasión de regocijo, alegría y
 faustas solemnidades. Amad, pues, la verdad y la
 paz.»

Perspectivas de salvación mesiánica.

²⁰ Así dice Yahvé Sebaot: Todavía vendrán
 pueblos y habitantes de grandes ciudades. ²¹ Y
 los habitantes de una ciudad irán a la otra
 diciendo: «Vamos a aplacar a Yahvé y a visitar a
 Yahvé Sebaot: ¡yo también voy!» ²² Y vendrán
 pueblos numerosos y naciones poderosas a
 visitar a Yahvé Sebaot en Jerusalén, y a aplacar a
 Yahvé.

²³ Así dice Yahvé Sebaot: Aquellos días, diez
 hombres de todas las lenguas de las naciones
 asirán por la orla del manto a un judío diciendo:
 «Queremos ir con vosotros, porque hemos oído
 decir que Dios está con vosotros.»

Segunda parte

9 ¹ Oráculo.

La nueva tierra.

La palabra de Yahvé
 llega al país de Jadrac
 y a Damasco, su lugar de reposo,
 pues de Yahvé son las ciudades de Aram,
 lo mismo que las tribus de Israel;
² y también la fronteriza Jamat,
 (Tiro) y Sidón, con fama de sabia.

³ Tiro se ha construido un baluarte,
 ha amontonado plata como polvo
 y oro como barro de las calles.

⁴ Pero el Señor la desposeerá:
 hundirá en el mar su prosperidad,
 y ella misma será pasto del fuego.

⁵ Ascalón lo verá aterrada,
 Gaza se retorcerá de dolor,
 y Ecrón, pues su esperanza ha fracasado;
 desaparecerá de Gaza el rey,
 Ascalón no será ya habitada,

⁶ y un bastardo habitará en Asdod.

Truncaré el orgullo de los filisteos;

⁷ quitaré la sangre de su boca,
 y sus abominaciones de sus dientes.

También de él quedará
 un resto para nuestro Dios;
 será como una tribu de Judá,
 y Ecrón será como el jebuseo.

⁸ Acamparé junto a mi Casa como guardia
 contra quien pasa o quien viene;
 no pasará junto a ellos el opresor,
 porque ahora vigilo con mis ojos.

El Mesías.

⁹ ¡Exulta sin freno, Sión,
 grita de alegría, Jerusalén!
 Que viene a ti tu rey:

justo y victorioso,
 humilde y montado en un asno,
 en una cría de asna.

¹⁰ Suprimirá los carros de Efraín
 y los caballos de Jerusalén;
 será suprimido el arco de guerra,
 y él proclamará la paz a las naciones.
 Su dominio alcanzará de mar a mar,
 desde el Río al confín de la tierra.

ZACARÍAS

La restauración de Israel.

¹¹ Por la sangre de tu alianza,
libraré a tus cautivos de la fosa
vacía, sin agua.

¹² Volved a la fortaleza,
cautivos de la esperanza;
hoy mismo, os lo anuncio,
el doble te he de devolver.

¹³ He tensado como un arco a Judá,
lo he cargado con las flechas de Efraín.
Voy a incitar a tus hijos, Sión,
contra tus hijos, Yaván;
te transformaré en espada de guerrero.

¹⁴ Yahvé aparecerá junto a ellos,
saldrán como relámpagos sus flechas;
(el Señor) Yahvé tocará el cuerno
y avanzará en los torbellinos del sur.

¹⁵ Yahvé Sebaot los escudará,
devorarán como carne a los honderos,
beberán la sangre como vino,
rebosarán como copa de aspersiones,
como los salientes de un altar.

¹⁶ Aquel día los salvará Yahvé su Dios,
los pastoreará como a un rebaño,
serán como piedras de diadema
refulgentes en su tierra.

¹⁷ ¡Qué prosperidad y hermosura!
El trigo hará crecer a los jóvenes
y el mosto a las doncellas.

Fidelidad a Yahvé.

10 ¹ Pedid a Yahvé la lluvia
en tiempo de primavera.
Yahvé, que crea los temporales,
lluvia copiosa les dará,
hierba en su campo a cada uno.

² Pues los *terafim* predicen falsedad
y los adivinos ven mentira,
predicen sueños ilusorios,
con vanidades quieren consolar;
por eso emigran como ovejas,
abatidos por falta de pastor.

Liberación y vuelta de Israel.

³ Contra los pastores arde mi cólera,
a los machos cabríos visitaré.
Cuando Yahvé Sebaot visite
a su rebaño, la Casa de Judá,
hará de ellos su caballo
victorioso en el combate.

⁴ De ellos saldrá la piedra angular,
de ellos clavijas para la tienda,
de ellos los arcos para el combate,
de ellos todos los caudillos.
Juntos ⁵ serán como soldados
que pisan el barro de las calles;
combatirán, porque Yahvé está con ellos,

y los jinetes quedarán confundidos.

⁶ Yo haré fuerte a la casa de Judá,
victoriosa a la casa de José;
los repatriaré, me dan pena,
serán como si no los hubiera desechado,
pues soy Yahvé su Dios, y les respondo.

⁷ Como soldados serán los de Efraín,
su corazón se alegrará como con vino;
sus hijos lo verán, se alegrarán,
todo su ser gozará con Yahvé.

⁸ Les silbaré para reunirlos,
pues los he rescatado,
y serán tan numerosos como eran.

⁹ Los dispersé entre los pueblos,
en tierras lejanas me recordarán,
criarán sus hijos y volverán.

¹⁰ Los haré volver de Egipto,
de Asiria los recogeré,
los conduciré a Galaad y al Líbano,
donde no habrá bastante para ellos.

¹¹ Atravesarán el mar de la angustia
(él golpeará al mar borrascoso),
quedará seco el cauce del Nilo.
Será abatido el orgullo de Asiria,
y el poder de Egipto llegará a su fin.

¹² Los haré fuertes en Yahvé,
y en su Nombre marcharán
—oráculo de Yahvé—.

11 ¹ Abre tus puertas, Líbano,
que el fuego devore tus cedros.

² Gime, ciprés, que el cedro ha caído,
que los majestuosos han sido arrasados.
Gemid, encinas de Basán,
que ha sido abatida la selva impenetrable.

³ Se oyen gemidos de pastores,
porque ha sido arrasado su esplendor;
se oyen rugidos de leones,
porque ha sido arrasada la flora del Jordán.

Los dos pastores .

⁴ Así dice Yahvé mi Dios: Apacienta las ovejas
destinadas al matadero; ⁵ ésas que sus
compradores matan impunemente, mientras sus
vendedores dicen: «¡Bendito sea Yahvé; ya soy
rico!», y a las que no perdonan los pastores. ⁶
Pues yo no perdonaré más a los habitantes de
esta tierra —oráculo de Yahvé—; entregaré a
cada uno en manos de su vecino y en manos de
su rey; cuando aplasten el país, yo no los libraré
de sus manos. ⁷ Apacenté, pues, las ovejas de
matanza destinadas a los tratantes de ovejas, y
me procuré dos cayados: a uno lo llamé «Gracia»
y al otro «Vínculo». Me puse a apacentar las
ovejas, ⁸ y me deshice de los tres pastores en un
mes. Pero me impacienté con ellos y ellos se
hartaron de mí. ⁹ Entonces dije: «¡No volveré a
apacentaros; la que tenga que morir, que muera;

la que tenga que desaparecer, que desaparezca; y las que queden, que se coman unas a otras!»¹⁰ Tomé luego mi cayado «Gracia» y lo partí, para romper así la alianza que Yahvé había concluido con todos los pueblos.¹¹ Quedó rota aquel día, y los tratantes de ovejas que me observaban supieron que era una palabra de Yahvé.¹² Yo les dije: «Si os parece bien, dadme mi jornal; si no, dejadlo.» Ellos pesaron mi jornal: treinta siclos de plata.¹³ Yahvé me dijo: «¡Echa al tesoro ese valioso precio en que me han tasado!» Tomé, pues, los treinta siclos de plata y los eché en el tesoro del templo de Yahvé.¹⁴ Después partí mi segundo cayado «Vínculo», para romper así la fraternidad entre Judá e Israel.

¹⁵ Yahvé me dijo también: «Toma el hato de un pastor necio.¹⁶ Pues he pensado suscitar en esta tierra un pastor que no hará caso de la oveja perdida, ni buscará a la extraviada, ni curará a la herida, ni se ocupará de la sana, sino que comerá la carne de las ovejas cebadas, y hasta las uñas les arrancará.

¹⁷ ¡Ay del pastor inútil
que abandona a las ovejas!
¡Espada contra su brazo,
contra su ojo derecho;
que su brazo se seque del todo,
que del todo se ciegue su ojo!»

Liberación y renovación de Jerusalén.

12¹ Oráculo. Palabra de Yahvé sobre Israel (^{2b} y también sobre Judá). Oráculo de Yahvé, que despliega los cielos, pone los cimientos de la tierra y forma el espíritu del hombre en su interior.

^{2a} Voy a convertir a Jerusalén en una copa de vértigo para todos los pueblos del contorno (durante el asedio contra Jerusalén).

³ Aquel día haré de Jerusalén una piedra de levantamiento para todos los pueblos: todos los que la levanten se desgarrarán completamente. Y contra ella se congregarán todas las naciones de la tierra.⁴ Aquel día —oráculo de Yahvé— haré que se espanten los caballos y enloquezcan sus jinetes. A todos los pueblos heriré de ceguera. (Pero pondré mis ojos en la casa de Judá.)⁵ Entonces dirán para sí los clanes de Judá: «La fuerza de los habitantes de Jerusalén está en Yahvé Sebaot su Dios.»⁶ Aquel día convertiré a los clanes de Judá en un incendio en el bosque, en una antorcha entre gavillas; y devorarán a derecha e izquierda a todos los pueblos del contorno, mientras Jerusalén será de nuevo habitada en su lugar.⁷ Salvará Yahvé en primer lugar a las tiendas de Judá, para que el prestigio de la dinastía de David y el prestigio de los habitantes de Jerusalén no crezca a costa de Judá.⁸ Aquel día protegerá Yahvé a los

habitantes de Jerusalén: el más flaco entre ellos será aquel día como David, y la dinastía de David será como Dios, como un ángel de Yahvé, al frente de ellos.

⁹ Aquel día me dispondré a destruir a todas las naciones que ataquen a Jerusalén;¹⁰ derramaré sobre la dinastía de David y sobre los habitantes de Jerusalén un espíritu de gracia y de oración; y mirarán hacia mí. En cuanto a aquél a quien traspasaron, harán duelo por él como se llora a un hijo único, y le llorarán amargamente como se llora a un primogénito.¹¹ Aquel día será grande el duelo en Jerusalén, como el duelo de Hadad Rimón en la llanura de Meguidó.¹² Y se lamentará el país, cada familia aparte:

la familia de David aparte
y sus mujeres aparte;
la familia de Natán aparte
y sus mujeres aparte;
¹³ la familia de Leví aparte
y sus mujeres aparte;
la familia de Semeí aparte
y sus mujeres aparte;
¹⁴ el resto de las familias aparte
y sus mujeres aparte.

13¹ Aquel día habrá una fuente a disposición de la casa de David y de los habitantes de Jerusalén, para lavar el pecado y la impureza.

² Aquel día —oráculo de Yahvé Sebaot— extirparé de esta tierra los nombres de los ídolos y no se volverá a mentarlos; igualmente haré que desaparezcan de esta tierra los profetas y el espíritu de impureza.

³ Y, si alguien sigue todavía profetizando, le dirán su padre y su madre que lo engendraron: «¡No puedes vivir, pues dices mentiras en nombre de Yahvé!» Y su padre y su madre que lo engendraron lo traspasarán mientras esté profetizando.⁴ Aquel día, cuando profeticen, se avergonzarán los profetas de sus visiones, y no se vestirán el manto de pelo para mentir,⁵ sino que dirá cada uno: «¡No soy profeta; soy un campesino, pues la tierra es mi ocupación desde mi juventud!»⁶ Y si alguien le dice: «¿Y esas heridas que hay entre tus manos?», responderá: «Las he recibido en casa de mis amigos.»

Invocación a la espada: el nuevo pueblo.

⁷ ¡Despierta, espada,
contra mi pastor,
contra mi ayudante!
—oráculo de Yahvé Sebaot—
¡Hierne al pastor, que se dispersen las ovejas;
yo volveré mi mano contra los corderos!
⁸ En toda esta tierra
—oráculo de Yahvé—

ZACARÍAS

dos tercios serán exterminados (perecerán)
y el otro tercio quedará en ella.

⁹ Meteré en el fuego este tercio:
lo purgaré como se purga la plata,
lo refinaré como se refina el oro.
Él invocará mi nombre
y yo le responderé;
diré: «¡Este es mi pueblo!»
y él dirá: «¡Yahvé es mi Dios!»

El combate escatológico: esplendor de Jerusalén.

14 ¹ Ya llega el Día de Yahvé en que serán repartidos tus despojos en medio de ti. ² Yo reuniré a todas las naciones para que ataquen Jerusalén. La ciudad será tomada, las casas saqueadas y las mujeres violadas. La mitad de la ciudad partirá al cautiverio, pero el Resto del pueblo no será extirpado de la ciudad. ³ Saldrá entonces Yahvé y combatirá contra esas naciones como el día en que él combate, el día de la batalla. ⁴ Aquel día se asentarán los pies en el monte de los Olivos que está frente a Jerusalén, al oriente, y el monte de los Olivos se hendirá por el medio de oriente a occidente haciéndose un enorme valle: la mitad del monte se retirará al norte y la otra mitad al sur. ⁵ Y huiréis al valle de mis montes, porque el valle de los montes llegará hasta Yasol; huiréis como cuando el terremoto en tiempos de Ozías, rey de Judá. Y vendrá Yahvé mi Dios y todos los consagrados con él.

⁶ Aquel día no habrá frío ni hielo. ⁷ Será un día único —conocido sólo de Yahvé—: no sucederá la noche al día, pues al atardecer seguirá habiendo luz. ⁸ Aquel día manarán de Jerusalén aguas vivas, mitad hacia el mar oriental, mitad hacia el mar occidental: manarán tanto en verano como en invierno. ⁹ Y Yahvé reinará en toda la tierra: ¡aquel día será único Yahvé y único su nombre! ¹⁰ Toda esta tierra se transformará en llanura, desde Gueba hasta Rimón, al sur de Jerusalén. Jerusalén seguirá encumbrada y habitada, desde la Puerta de Benjamín hasta el emplazamiento de la antigua Puerta, es decir, hasta la Puerta de los Ángulos, y desde la torre de Jananel hasta los Lagares del rey. ¹¹ Será habitada y no habrá más anatemas: ¡Jerusalén será habitada sin sobresaltos!

¹² Y ésta será la plaga con que castigará Yahvé a todos los pueblos que hayan luchado contra Jerusalén: pudrirá su carne aun estando en pie, sus ojos se pudrirán en sus cuencas, y su lengua se pudrirá en su boca. ¹⁵ Semejante será la plaga de los caballos, mulos, camellos y asnos, y de todo el ganado que haya entonces en los campamentos: ¡una plaga terrible! ¹³ Aquel día

cundirá entre ellos un pánico sobrecogedor enviado por Yahvé: si uno agarra la mano de su prójimo, éste levantará la mano contra él. ¹⁴ También Judá combatirá en Jerusalén. Y serán reunidas las riquezas de todas las naciones de alrededor: oro, plata y vestidos en gran cantidad.

¹⁶ Los supervivientes de todas las naciones que atacaron Jerusalén subirán de año en año a postrarse ante el Rey Yahvé Sebaot y a celebrar la fiesta de las Tiendas. ¹⁷ Y la familia del país que no suba a Jerusalén a postrarse ante el Rey Yahvé Sebaot no recibirá lluvia en sus tierras. ¹⁸

Si la familia de Egipto no sube ni viene, caerá sobre ella la plaga con que Yahvé herirá a las naciones que no suban a celebrar la fiesta de las Tiendas. ¹⁹ Tal será el castigo de Egipto y el castigo de todas las naciones que no suban a celebrar la fiesta de las Tiendas.

²⁰ Aquel día estará escrito en los cascabeles de los caballos: «Consagrado a Yahvé», y las ollas del templo de Yahvé serán como los aspersorios que hay ante el altar. ²¹ Y las ollas de Jerusalén y de Judá estarán consagradas a Yahvé Sebaot; todos los que quieran sacrificar vendrán a hacer uso de ellas, y en ellas cocerán; y aquel día no habrá más comerciantes en el templo de Yahvé Sebaot.